

deseo que tenía de seguir la divina, que le traía ya para premiar sus prolongados trabajos.

Porque habiéndose partido de sus amadas Misiones en que había empleado lo mejor de su vida, y habiéndose despedido de los muchos hijos que había engendrado en Cristo, y criado con la leche de su Doctrina por tiempo de 19 años, y despediéndose también de los Padres de aquellas Misiones que lo amaban tiernamente por su muy amable condición, y por los ejemplos de virtud que les dejaba; se partió para México, adonde llegó, habiendo caminado 300 leguas, parando sólo tres días en este Colegio, y consolándose con sus Hermanos que hacía tantos años que no le veían, y visitando el Santuario célebre de la imagen de la Virgen Santísima de los Remedios, se partió para caminar las otras 300 leguas que le quedaban para llegar á su Colegio de Guatemala. Pero habiendo caminado la primera jornada y llegado á una venta que estaba en el camino, le sobrevino una gran calentura de repente y dolor de costado agudísimo, que le apretó de suerte que no pudo pasar adelante. Dióse aviso al Padre Rector de la Puebla que estaba á diez leguas de allí, de cómo se hallaba el P. Villalta. El Padre Rector despachó luego dos Religiosos de los nuestros para traerle á este Colegio; halláronle ya sangrado tres veces y muy fatigado del dolor. Dijo Misa uno de los Padres, administróle el Santísimo Sacramento, y luego le llevaron en hombros de Indios al Colegio. En llegando juzgaron los médicos el mal mortal, y le mandaron dar la Extremaunción, la cual recibió con mucho consuelo y devoción, respondiendo él al sacerdote que le ungió; sobreviniéronle luego algunas intercadencias, y diciéndole el Padre Rector que Nuestro Señor se lo quería llevar para sí y pagarle los loables trabajos que había pasado, él le respondió que por la bondad de Dios nada le daba pena, y que estaba muy conforme con su divina voluntad, y muy alegre de ir á verle, y que llevaba muy gran consuelo en que dejaba bautizadas por su mano 12,000 almas; y á la verdad á muchos más millares de ellas ayudó con sus sermones y Doctrina, porque fué continua y perseverante todo el tiempo que estuvo en las Misiones, y que en esta hora le pagaba Nuestro Señor muy de contado los pequeños servicios que á S. M. había hecho. Pidió le pusiesen un crucifijo delante y una imagen de la Virgen á quien encomendarse. Aquí clavaba los ojos con gran devoción, y finalmente, dando una boqueada y cayéndosele la cabeza, sin otra demostración, el séptimo día de su enfermedad le llevó Nuestro Señor para pagarle los santos trabajos que en servicio suyo y ayuda de las almas, había padecido por tiempo de 19 años continuos, y las muy religiosas obras y virtudes que en los 30 que estuvo en la Compañía ejerció, y de que nos dejó esclarecidos ejemplos. Y tengo para mí, como quien conoció y vió el fervor apostólico con que este Misionero evangélico encaminó al cielo á tan gran número de almas, unas que eran gentiles, y convirtió á nuestra santa fe, otras ya cristianas, unas de párvulos bautizados, otras de adultos enfermos que acabados de bautizar se fueron al cielo, que cuando llegó allá el P. Cristóbal de Villalta, saldrían á tropas á recibirlo y agradecerle el inmenso beneficio que habían alcanzado por su medio. Pasó de esta vida á la eterna el año de 1623, teniendo la edad de 46, y casi los 30 de Compañía, y de ellos los 12 de profeso de cuatro votos. Está enterrado en nuestro Colegio del Espíritu Santo, de los Angeles.

CAPITULO XXVI.

VIDA Y VIRTUDES DEL INSIGNE
 PREDICADOR Y MINISTRO DE INDIOS DE LA NACIÓN MEXICANA,
 P. JUAN DE TOVAR, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.
 AÑO DE 1626.

§ I

Su entrada en la Compañía y la eminencia de talento y elocuencia de lengua mexicana que Dios le comunicó.

De los primitivos hijos que Dios Nuestro Señor dió á nuestra Provincia de Nueva España, uno fué el P. Juan de Tovar, como lo escribimos en el Capítulo 18 del primer libro de esta historia. Porque cuando nuestros primeros Padres vinieron de España á fundar la Compañía en México, en ese tiempo el Padre era Racionero Prebendado de esta santa Iglesia y Secretario del Arzobispo, y después de su Cabilido, persona de quien por las buenas prendas y partes que en él reconocian todos, hacian mucha estimación á quien daban esperanzas de mayores promociones á que podía aspirar. Pero eso no obstante, con grande resolución, todas las renunció por asegurar (como él decía) en la Compañía su salvación. Pidió ser recibido en ella y lo consiguió, admitiéndole el P. Dr. Pedro Sánchez, primer Provincial de esta Provincia; y siendo ya sacerdote el P. Juan de Tovar, y el segundo Novicio que fué recibido en la Compañía, siete meses después que nuestros primeros Padres llegaron á México. De este singular beneficio hizo el Padre toda su vida grande estimación, diciendo y publicando que se lo había hecho Dios en premio del gusto, contento y alegría con que había formado y firmado como Secretario de Cabilido en Sede vacante, la licencia y facultad para ejercitar sus ministerios, nuestros primeros Padres, que llegaban de nuevo á este Reino y Arzobispado. Y sucedió así, que desde su primera vista y llegada á México, le fueron muy agradables al P. Juan de Tovar los Religiosos de la Compañía de Jesús; pero en el breve tiempo que se ha dicho, fué creciendo ese su devoto afecto, de suerte, que pidió con grande instancia ser recibido en ella, y lo fué el año de 1564 para mucho servicio de Nuestro Señor, como en todo el discurso de su vida se vió. Entrando en su noviciado, procedía con tanta observancia religiosa y ejemplo de virtud, que los Superiores le hallaron en breve tiempo sazonado para emplearlo en los Ministerios de nuestra Compañía. Lo cual no suele hacerse, sino después de varias probaciones en la religión.

Y para escribir aquí las eminentes virtudes que por tiempo de 53 años que estuvo en la Compañía resplandecieron en este santo varón, comenzaremos por lo que por todo ese espacio de tiempo incesantemente ejerció, esparciendo los rayos de su evangélica predicación y doctrina en la grande nación mexicana, con ardiente celo del aprovechamiento y salvación de estas almas, cuando podíamos decir que la nación aún era nueva en haber recibido nuestra santa fe. Al santo

celo que este Ministro tuvo del bien espiritual de esta gente, y para coger en ella abundantísimos frutos de su predicación, le ayudó mucho el eminente dón y talento de hablar con singular elegancia en el idioma y lenguaje de esta nación. Estilo singular de los mexicanos es el usar de diferente y realzado lenguaje, cuando hablan de materias graves y que piden reverencia, ó cuando hablan de personas ó con personas de autoridad, del que usan cuando hablan con personas ó de cosas ordinarias y vulgares. En la propiedad, pues, del elegantísimo lenguaje mexicano fué tan eminente el P. Juan de Tovar, que hacía raya entre todos los de su tiempo y le llamaban la elocuencia mexicana, y aun los mismos naturales y la flor de lo más noble de la nación que puebla la gran ciudad de México, se admiraban de oírle hablar y predicar en su lengua, principalmente para explicar y enseñarles los altísimos misterios de nuestra santa fe, que según su estilo piden ser declarados y enseñados con términos y palabras del lenguaje que llaman reverencial. Juntándose, pues, en este gran predicador su grande celo de la salud de las almas de los Indios con el maravilloso talento de hablarles en su lengua, fueron también admirables los frutos que cogió de su continua predicación de tantos años, porque en ella (como dijimos) se ejerció desde su noviciado. Y aunque no le faltaban talento y letras al P. Juan de Tovar para predicar y ejercitar nuestros ministerios con Españoles, pero él por su humildad y aun parece que por inspiración del cielo, se aplicó todo á la ayuda de los Indios, en que Dios le tenía librados grandes frutos en los prójimos y de propios merecimientos. Fué tal el talento que Dios Nuestro Señor comunicó á este gran predicador de Indios mexicanos, que venían á oír sus sermones los Caciques principales, de pueblos dos y tres leguas distantes, traídos y como arrebatados de su mucho espíritu y elocuencia en el hablar, de que siempre quedaban admirados. Y en confirmación de esto sucedió, que habiendo venido á México á cierto pleito dos Caciques, de más de veinticuatro leguas distantes, y oyendo al Padre el primer sermón que predicó una Cuaresma, aunque ya habían concluido su negocio, determinaron quedarse hasta la Pascua, y finalmente, por no perder sermón alguno de tal predicador, fueron á traer sus mujeres y casas á México, dejando sus tierras y oficios por vivir donde pudiesen gozar de su doctrina.

Lo primero en que empleó á este grande Ministro la santa obediencia, fué en algunas Misiones á pueblos de Indios, y él fué la primera lengua que por buena suerte tuvo nuestro Provincial de Nueva España para ejercitar sus ministerios con los naturales, al cual después siguieron otros muchos operarios lenguas, que han trabajado gloriosamente en esta Provincia, y es así, que habiendo visto algunos varones prudentes el santo celo con que el P. Juan de Tovar se aplicó á ayudar á la salvación de los pobres Indios del Occidente, imitando á nuestro Padre San Francisco Javier en el Oriente, le llamaron el Javier de la Nueva España, á que se añadió una circunstancia en que después repararon y los confirmó en este pensamiento, ésta fué: que habiendo empleádose el P. Tovar no menos que 50 años, como queda dicho, en el ministerio y predicación de los Indios, aguardó Nuestro Señor á llevárselo y premiarle sus santos trabajos, la víspera del mismo San Francisco Javier, Apóstol de la India, y dispuso que se enterrase el día de su fiesta como quien en tanto le imitó.

§ II

*Frutos que cogió de su predicación el P. Juan de Tovar,
y el grande provecho que por medio de ella hizo en los Indios.*

Los primeros años de religión fué morador de nuestro Colegio de Tepotzotlán, pueblo de Indios, cinco leguas distante de México, y él fué uno de los primeros que poblaron al principio ese Colegio; entabló é introdujo con su doctrina el uso de la sagrada comunión, que en estos principios aún no estaba introducida generalmente entre los Indios, desterró de este pueblo la borrachera, vicio antiguo de esta gente. Y hasta hoy se han ido conservando los de aqueste pueblo en aquella buena educación y enseñanza que tuvieron al principio; teniendo su ejemplar cristiandad muy buen nombre en toda esta Nueva España. Asentó en aquella Iglesia y en el Seminario de Indios de San Gregorio de México la música, en que ambas capillas han sido muy eminentes, quedando hasta hoy muy en su punto el celebrarse las fiestas y oficios divinos con tan grande solemnidad, que por gozarla solía algunas veces el señor Arzobispo D. Pedro Moya de Contreras y los señores Inquisidores de esta ciudad, irse al pueblo de Tepotzotlán las Pascuas y otras fiestas. Aquí entabló el P. Juan de Tovar cada día el catecismo de la doctrina y después de hacer una plática, la cual costumbre duró largo tiempo con grande aprovechamiento de los del pueblo, y con ser tan eminente lengua mexicana y con ella ayudar suficientemente aqueste pueblo, con todo por ser mucha parte de él de otomites y poderles aprovechar más, aprendió la lengua otomí, y en breve pudo confesarles; salía á algunos pueblos vecinos donde le pedían para que les predicase, y siempre volvía á casa con muy colmado fruto del que había hecho en las almas.

Sus sermones eran más de oración que estudiados por libros, y así era muy eficaz en mover al auditorio á lágrimas cuándo y como quería aunque fuese en días de Pascua, y á veces era la moción tanta que parecía Viernes Santo. Fueron innumerables los que por su medio mudaron sus vidas, que aun predicando en los tianguís ó mercados (donde cursó los sermones por muchos años) les solía decir, que aunque él era gran pecador, pero que confiaba en Dios que le había de dar el cielo por las oraciones de muchos Indios que se habían salvado por su medio. Entre estas mudanzas, fué muy notable la que hizo un Gobernador del pueblo de Tepotzotlán, que habiendo sido muy distraído en vicios y muy dado á la borrachera, se trocó tanto con la comunicación del Padre, y con sus persuaciones después fué notable ejemplo del pueblo y muy castigador de vicios, y por ambas cosas le amaba y estimaba mucho el P. Juan de la Plaza, que le trató siendo Provincial de la Provincia, y por su virtud le traía á comer á nuestro refectorio, y de la comunicación que con él tenía (que era muy frecuente) aprendió á tratar de oración, y gastaba en este santo ejercicio dos horas cada día.

Pasados los primeros años que el P. Juan de Tovar estuvo en Tepotzotlán, le mudaron los Superiores al Colegio de la gran ciudad de México, donde siempre estuvo lo más noble y lucido de la nación mexicana, y que es emporio donde concurren Indios de todo el Reino, y

aquí fué donde se empleó por tantos años, como habemos dicho, el grande celo y talento de este insigne predicador de Indios, porque aunque le envió la obediencia por un poco de tiempo al Colegio de la Puebla de los Angeles, donde tenía la misma ocupación con los muchos naturales que hay en aquella ciudad; pero fué tan grande la instancia que los Indios gobernadores de México hicieron por él sintiendo su falta, que se lo hubieron de devolver los Superiores. Aquí predicaba en nuestra Iglesia del Seminario de Indios de San Gregorio todos los domingos por la tarde, y esto por tiempo de más de 40 años; salía también á los tianguis ó mercados, donde es muy numeroso el concurso de los Naturales, á los cuales predicaba con tal espíritu y elocuencia, que salían diciendo: «este Padre sí que nos predica lo que habemos menester, y si así nos predicaran todos, fuéramos otros de los que somos.» Y es cierto que fueron innumerables los que por su medio y doctrina mudaron las vidas.

Y de los casos que en esta materia al Padre le sucedieron, pondremos aquí algunos ejemplos. Un indio era muy perdido y dado á la embriaguez, de manera que cuanto adquiría todo lo echaba en vino, quitando á su mujer é hijos y dándoles tan mala vida cuando vivía enajenado de sus sentidos, rindiéndose á este vicio con extremo; quiso sacar Nuestro Señor de tan peligroso estado, y un día como al amanecer, estando pensando dónde iría á emborracharse y de dónde sacaría dinero para ello (que con este pensamiento se levantaba y con él se acostaba), quedóse como trasportado y vió en esta suspensión un mancebo que le llamaba y le decía ven acá, que yo te llevaré donde cumplas tus deseos y bebas cuanto quisieres; parecíale que le llevaba consigo este mancebo, y después de haber caminado buen espacio atravesando algunos collados y selvas, llegaron á unos baños oscuros llenos de una materia espesa y de abominable olor, que toda ella ardía en un fuego oscuro y renegrido como piedra azufre encendida (aunque él no se había declarado así), en este baño vió que estaba el príncipe de las tinieblas, Lucifer, como bañándose, administrándole las aguas ó lavatorios, muchos criados muy fieros que le servían, uno de los cuales le dijo: estos son los baños del rey de las tinieblas (que así le llamó en su lengua mexicana, vocablo antiguo con que en su gentilidad nombraban al demonio) y tomando un vaso de aquel licor, y habiendo dado de beber aquellas aguas ó fuegos á los demás ministros que allí asistían, le comenzó á brindar rogándole con instancia y casi forzándole á que bebiese lo que le daba en el vaso, porque aquella era la bebida ó tepache (que así llaman cierto género de vino fortísimo, que bebido los saca luego de juicio), el indio se atemorizó sobre manera y huía el rostro no sólo por no beber lo que le daban, pero aun por no olerlo, porque era tan insufrible y abominable el hedor que aun después de despierto le hacía dar muchas arcadas y le había revuelto el estómago, como si hubiera tomado alguna purga fortísima. Viendo el mancebo que le llevaba lo que huía y repugnaba, le dijo: «pues mira cómo vives, que los que se emborrachan como tú, aquí vienen á parar y esto beben después eternamente;» volvió en sí el pobre indio trasudando y tan lleno de pavor, que al punto se levantó, y viniendo á nuestro Colegio se subió al aposento del Padre y sin hablar palabra se arrojó á sus pies bañado en lágrimas y le contó lo referido, confesóse con muestras de gran dolor y una contrición entrañable, y

fué tal la enmienda, que aun su misma mujer preguntó un día al Padre «¿qué has dicho ó hecho con este hombre, que ya no es quien ser solía? Y el que antes era tan perdido ahora me avergüenza á mí con su vida para argüir la mía mala.» Y la india era muy buena cristiana, con que se echó bien de ver no fué sueño lo que pasó por este indio, sino misericordia del Señor para salvar esta alma, y aquel mancebo debía de ser su ángel de guarda, según lo sucedido y que los ángeles custodios ayudan y cooperan con tales predicadores y ministros de indios, y este caso causó admiración á los indios que se daban á este vicio.

No fué menos admirable otro caso que fué fruto de la predicación del P. Juan de Tovar, y es el siguiente: un Indio era muy perdido en materia de deshonestidad, porque siendo muy niño dió en desenfrenarse aun antes de saber que aquel era pecado, y después de sabido, se dejó arrastrar de su mala inclinación y natural corruptivo, tan sin reparar en nada que no perdía ocasión en que no ejecutase sus torpezas, llegóse un día á confesar y extrañó tanto el confesor en un mancebo tales abominaciones, aun antes de acabar de declararse, que llevado quizá de algún fervoroso celo, le reprendió de modo que el desventurado penitente no se atrevió á declararse más, y levantándose sin confesarse enteramente quedó tan atemorizado, que se determinó á no confesarse en su vida y como quien se daba por condenado, dió en entregarse más en sus antiguos vicios. Este vivía más de veinte leguas de la ciudad de México, y viniendo á ella oía un sermón en la plaza en el cual trató el P. Juan de Tovar de las misericordias grandes de Dios Nuestro Señor, y cómo Cristo Nuestro Señor había muerto por salvar pecadores, y juntamente cómo en admitirlos á la penitencia habían de mostrar los confesores entrañas de Jesucristo, no escandalizándose por gravísimos que fuesen los pecados. Oyendo estas palabras el indio, tocóle Nuestro Señor, y dijo: este Padre me ha de confesar, y si él no me oye yo soy perdido. Ocupóle de nuevo la vergüenza, y dilatando el remedio, cuando vino á buscar al confesor que él quería, no estaba el Padre en la ciudad y no quiso llamar á otro, y con esto se volvió á su tierra. Gastó en ella todo el año en algunas ásperas penitencias y haciendo tanta fuerza á su mala inclinación, que en todo él no le rindió el demonio; salíase á los campos llorando en ellos á voces, de modo que algunos que una vez ú otra le oyeron le tuvieron por loco; llamaba á Nuestro Señor con gran ternura, y decíale: Señor, si tanta es tu misericordia como aquel Padre decía, cómo me la niegas? Cómo quisiste que yo no le hallase cuando le busqué para confesarme? Parece que no soy hechura ni imagen tuya, sino del demonio, que esto me dice mi vida, y diciendo esto, se deshacía en lágrimas. Pasó el año, y llegando la Cuaresma, dijo entre sí: Yo quiero ir á México, veré si aquel Padre vive y predica, y si le veo, yo confío de salvarme. Vino, oyó dos ó tres sermones, en los cuales trató el P. Tovar de la abominación del pecado y del remedio de él por medio de la confesión. Y un día entre otros, acabando el sermón con lágrimas y sentimiento, les dijo: «Hijos, si hay alguno que tenga miedo de confesarse, venga á mí, que yo no me espanto, y si es menester aquí me sentaré luego á oírle y daré de buena gana mi vida por su salvación;» echó de ver el Padre entre los demás á este indio que estaba deshaciéndose en lágrimas y que procuraba como cubrirse el rostro de vergüenza, y otro día se le trajo Nuestro Señor á las manos. Porque vino,

y muy bien preparado, confesóse con gran claridad por unos cordelitos anudados que le servían de memoria, interrumpiendo á ratos con tantas lágrimas que hacía llorar al mismo confesor, el cual con muestras de grande afabilidad le iba animando y el penitente á ratos le cogía las manos y se las besaba rogándole con lágrimas le ayudase, y á ratos se le echaba á los pies deshaciéndose de ternura. Acabado de confesar y recibir la absolución quedó tan sosegado de haberse confesado, que trocó las lágrimas de dolor en otras de alegría y agradecimiento, de suerte que se echaba bien de ver la gracia que había recibido. Acudió algunos días al Padre que le fuese ilustrando cómo había de vivir en adelante, viniendo siempre con más sentimiento y con mayor consuelo, con que prosiguió su vida con mucha enmienda en ella, y quedó remediada esta alma por medio de los sermones del P. Juan de Tovar. Y él mismo solía decir que aunque era gran pecador, pero que confiaba en Dios que le había de dar el cielo por las oraciones de muchos indios que se habían salvado por su medio. Gustaban tanto de oírlo, no sólo los indios que lo buscaban aun de muy lejos, sino otros religiosos que sabían la lengua mexicana, que lo llamaban y convidaban para que predicase en sus conventos y otros beneficiados eclesiásticos en sus doctrinas y partidos.

Sucedió en aquel tiempo en México un cocolixtle (género de peste entre los indios) de que murió mucha gente, ocasión en que tuvo grande empleo el santo celo y caridad con los prójimos del P. Juan de Tovar. Trabajó grandemente ayudándoles, así en sus almas como en el sustento de sus cuerpos, dando vuelta todos los días por todos los barrios donde corría la enfermedad, ayudaba á sacramentarlos, llevábales de comer y regalos con que aliviarlos, y por este medio libró á muchos que á no haber tenido este socorro en esta ocasión y necesidad, hubieran muerto y perecido.

Los postreros años de su vida perdió la vista y quedó ciego, pero no por eso perdió el celo de ayudar á la salvación de sus indios, y así aun en este tiempo, los domingos en la tarde guiándole algún indio del brazo se hacía llevar á la Iglesia de San Gregorio, subía al púlpito y proseguía con sus sermones y pláticas, y sus indios en oírle; y con ser ya de 80 años de edad y ciego, el año antes en que murió les predicó en algunas fiestas y la Cuaresma sin cesar en este su santo ministerio, hasta que creciendo la enfermedad quedó del todo imposibilitado de predicar á los pobres y sus queridos indios, los cuales después de muerto no acababan de llorar la falta de un tan insigne predicador, confesor y Ministro que Dios les había dado para confirmar en la fe á los que aun todavía eran nuevos en ella para que mejor entendiesen sus divinos misterios y hacerlos capaces de ellos, y por ese medio encaminarlos al cielo, ministerios en que felicísimamente se empleó por tanto número de años el venerable P. Juan de Tovar.

§ III

Virtudes excelentes que en este evangélico Ministro resplandecieron.

Por ser una de las principales virtudes que en el P. Juan de Tovar se hallaron, una singularísima devoción á la Santísima Virgen, co-

menzaremos por ella. Fué tiernísimo el afecto, de amor y reverencia que tuvo á la Reina del cielo, á quien siempre llamaba su Señora y de sólo oírlo nombrar se enternecía sumamente, y con sus afectos componía á otros que lo acompañaban algunas veces cuando iba fuera y lo que les trataba por el camino eran excelencias de esta Señora, con que los movía tanto en su devoción, que volviendo á casa la pegaban á otros y les decían lo mucho que sus palabras encendidas en esta devoción habían obrado en sus corazones. Y lo mismo le acontecía en pláticas y coloquios familiares que tenía con los de casa que iban enderezados á este fin y así se veían los buenos efectos en los que le trataban y comunicaban. Rezábale entre otras devociones con particular afecto su rosario, y esto algunas veces en voz alta y que se oía de lejos, con que á los que le oían movía á esa misma devoción. Rezábale hincado de rodillas en medio de su aposento, sin que se pudiese arrimar á parte ninguna, y esto aun en su mucha vejez, pero cuando aún tenía más fuerzas se bajaba á la Iglesia y del mismo modo en voz alta y de rodillas le rezaba, yendo algunos de industria á oírle para entrar con eso en devoción. Sucedióme á mí alguna vez, estando á mi cargo el Colegio de México entrar á visitar al santo viejo á su aposento y hallarle de rodillas aun cuando estaba con tan pocas fuerzas que apenas se podía tener en pie, y preguntándole yo: qué hace vuestra reverente Paternidad Juan de Tovar? lo que me respondía lleno de consuelo era con esta exclamación: « Ah Padre, que estoy rezando estas Ave Marías, que no hay almendras ni cosa tan dulce y suave como ellas son.» Tal era el gusto que recibía de saludar y conversar con su devotísima Señora Madre de Dios.

Llamaba consigo á esta devoción á algunos indizuelos que le ayudaban en su aposento y les enseñaba cómo habían de rezar el Rosario juntamente con él, y después así enseñados se quedaban ellos con esa misma devoción. El tiempo que vivía en Tepetzotlán, los domingos y días de fiesta que se juntaba el pueblo á oír sus sermones, juntamente y en voz alta rezaba el Rosario con él, y les iba diciendo y declarando los misterios que en él se encierran. Y este ejercicio les fué de mucho provecho, quedando la gente enseñada á rezarle en sus casas, cuando no se juntaban en la Iglesia, con la misma devoción. Cuando pasaba por lugares ó partes donde estaba la imagen de Nuestra Señora, se hincaba de rodillas y le hacía una breve salutación, y principalmente hacía esto con una imagen de la Virgen colocada en una escalera de este Colegio que es paso muy frecuente para la comunidad. En los sermones que se le ofrecían de Nuestra Señora ponía mayor cuidado en predicar sus alabanzas y excelencias, y algunos días antes se prevenía para ellas, rogando á los de casa le ayudasen con sus oraciones y le pidiesen á la Santísima Virgen le ayudase y le diese para alabarla como su grandeza merecía; y lográbasele muy bien esta su humildad y devoción, porque siendo extremado en la lengua, estos días se excedía á sí mismo, y estos eran los sermones de que él quedaba más pagado, porque en ellos se mostraba más agradecido á Nuestro Señor y á su Madre Santísima. Tuvo por devoción mientras le duraron las fuerzas, ir algunas veces entre año á visitar algunas de las Iglesias y Santuarios devotos dedicados á la Santísima Virgen, como el de los Remedios, Guadalupe y de la Piedad, que son muy célebres en México. Allí daba largas á su afecto y devoción, y en estas visitas

era tan regalado de la Virgen, como lo reparaban los compañeros; no parecía que acertaba á salir de la Iglesia ni apartarse del altar, y en el Convento de la Piedad salían admirados los religiosos de Santo Domingo que allí viven, oyendo las saluciones tiernas y devotas que á la Virgen le hacía con su singular devoción; y fué cosa particular la que se le notó en su enfermedad, por que habiendo llegado á estado que algunas veces no hablaba con consecuencia, pero en nombrándole á la Virgen y tratándole de esta Señora, era cosa particular cuán en sí estaba y con qué consecuencia hablaba y se enternecía, y mostraba el afecto de su corazón, y aun cuando ya no podía hablar (que fué algunos días antes de su muerte) sólo el oír el nombre de esta Virgen Santísima le hacía volver en sí y abrir los ojos, mostrando con señas ya que no podía con palabras, su interior afecto y devoción.

La que tuvo á Santa Ana por ser Madre de la Santísima Virgen, á San Miguel y al Angel de la Guarda y á otros muchos Santos, fué también muy grande, á quienes rezaba sus antifonas y oraciones con algunos Pater noster y Ave Marías, y era tanto el número de devociones que repetía, que algunos que lo sabían y oían algunas veces, (porque también las decía en voz alta) se admiraban tuviese tiempo para poder cumplirlas todas, y en ellas era tan puntual que no se había de acostar aunque fuese muy tarde sin haberlas puesto en ejecución. Acontecióle ir á predicar á Ixtapalapa, que está á dos leguas de México, y habiendo trabajado mucho y acabado muy tarde con los oficios y ministerios, y no pudiendo excusar algunos cumplimientos que se ofrecieron con el Beneficiado y otras personas del lugar, y siendo muy noche, con todo, no había de dispensar con sus devociones, y llamándole su compañero para que se fuese á descansar del trabajo del día por ser ya tan tarde, no lo podía alcanzar de él, dándole por respuesta que no había acabado con sus devociones ni lo haría hasta acabarlas, lo cual sería cerca de media noche.

Con el Santísimo Sacramento fué también grande su devoción, y nunca que estuvo bueno dejó de decir Misa cada día, estando en ella con grande atención, á que se seguían las gracias, y lo que más sentía cuando perdió la vista fué no poderla decir. Buscó muchos medios para suplir esta falta poniendo mucho cuidado en los días que había de comulgar, previniéndose muy de mañana procurando reconciliarse el día antes para que no hubiese cosa que le pudiese detener para recibir al Señor, y si le decían que bastaba reconciliarse á la mañana, respondía que deseaba estar con quietud, y así rogaba al confesor le reconciliase la tarde antes, entreteniéndose con la esperanza de que el día siguiente había de comulgar. Cuando cayó más de golpe y le apretó más la enfermedad, procuraba no se le pasase el día de la comunión, y el que lo era se levantaba antes de media noche esperando se le llegase el tiempo de recibir aquel divino manjar, y aunque le querían ir á la mano en estas madrugadas, mientras tuvo algo de más fuerza no se podía contener. Cuando ya no se pudo levantar y le traían el Santísimo Sacramento, al punto agradecía mucho este beneficio, diciendo que con tal huésped no sentía otros trabajos y achaques que daban pena, y que sólo era éste el consuelo que en la tierra podía tener.

Fué extremado su retiro en los seis años últimos de su vida en que perpetuamente estuvo encerrado en su aposento, y casi siempre á puerta y ventana cerrada sin salir de él sino para oír Misa, comulgar y

á oír sermón, y parecía imposible que asistiese en él tanto tiempo y con tanto gusto, si no hubiera mucho de Dios que le entretuviese en él. Casi todo el día, se estaba en oración mental y vocal, y esto, aun siendo tan viejo y entre tantos achaques, siempre de rodillas y desarriado, y en esta postura lo hallaban los que por alguna causa iban á visitarlo, y á los que así llegaban procuraba despedir presto, diciendo que le faltaba mucho que hacer, y su ocupación no era otra que la de sus devociones. Muy raras veces admitía los ratos de quiete ó recreación que se usan en la Compañía, y nunca los pidió, y si se los ofrecían los rehusaba, y si alguna vez los admitía era para que en aquel tiempo un Hermano le leyese lección espiritual, el demás tiempo se las hacía á solas con Nuestro Señor, y como tan bien acompañado con su Majestad y santos sus devotos, no gustaba ya de otra conversación, y quedó tan habituado de todo este tiempo á su santo ejercicio, que ya en los últimos días de su vida, cuando no podía bien hablar ni mover las manos, así medio entre dientes con el mover de los labios y acciones que podía hacer, se echaba de ver que llamaba á Nuestro Señor y se procuraba persignar, y sólo el oír el nombre de Jesús y de María parecía que le hacían volver en sí.

Llevó con extremada paciencia el trabajo que Dios le dió de quitarle la vista casi 6 años antes de morir, conformándose con la divina voluntad en esto y otros achaques que padecía, dándole gracias por ellos; y si bien estuvo tantos años enfermo, no admitía regalo para su comida, contentándose con el ordinario de la comunidad, y cuando alguna vez le daban algo particular, hacía instancia para que lo excusasen, y si los Superiores le preguntaban si había menester algo, su respuesta con mucha alegría era: que todo le sobraba y nada había menester. Agradecía mucho lo que con él se hacía en su enfermedad, y aunque mostraba esto con todos los que le acudían, particularmente con un muchacho indizuelo que le servía más inmediatamente, diciendo le estaba en obligación porque le sufría muchas cosas y sus impertinencias, lo cual decía el Padre por su mucha humildad. Fué muy parco de ordinario en su comida el P. Juan de Tovar, y algunos días en la enfermedad se la quitaba del todo por devoción de alguna fiesta, procurando que no lo entendiesen los Superiores porque no se lo estorbasen. Y en su muerte se echó bien de ver cuán observante y amigo fué de la santa pobreza, pues no se halló más que su vestido precisamente y un cartapacio pobre de algunas cosas de la lengua mexicana, y esto fué todo el caudal y ajuar que tuvo en la tierra este siervo de Dios.

§ IV

Dichosa muerte del venerable P. Juan de Tovar, y algunas cosas que se notaron en prueba de su santidad.

Tan gloriosos y colmados trabajos por tantos años continuados, tantos ejercicios de virtudes como las que hasta el fin de su santa vida ejerció el P. Juan de Tovar, claro está que se habían de venir á rematar en una dichosa y santa muerte, como la tuvo recibidos todos los santos sacramentos, asistiéndole toda la comunidad del Colegio, que

sintió tiernamente la ausencia de un tan santo y edificativo varón. Tan amable, que jamás dentro ni fuera de casa hubo quien se quejase de él, porque para todos fué de muy apacible condición y á boca llena le llamaban el santo Tovar. Y los que aún dieron mayores muestras de sentimiento fueron los indios de la grande nación mexicana, que lloraba la falta de su grande y antiguo predicador, y así á su entierro concurrió mucha gente con sus gobernadores, vecinos de México y sus principales, que en voz alta le lloraban, y reconocidos al amor que siempre les tuvo, le hicieron decir muchas Misas cantadas y otras le mandaron decir rezadas, cada uno conforme á su posibilidad. A que se añadió que las Congregaciones de indios que están fundadas en la Iglesia de San Gregorio, donde tantos años predicó, vinieron con grande cantidad de candelas de cera á asistir á su entierro, que por esta causa se hubo de hacer con más solemnidad de la que con nuestros religiosos comunmente se usa. Y los Prebendados de la santa Iglesia Catedral de México hubieran acudido al entierro del P. Juan de Tovar (como ellos mismos lo dijeron), como á Hermano y Prebendado que fué suyo cuando entró en la Compañía, y lo dejaron de hacer por no haber sabido de su muerte y por haber vivido el Padre los postreros años de su vida retirado de toda comunicación, y si con algunos trataba era con sus indios, que fué la mies donde tan abundantes frutos cogió. Murió el venerable P. Juan de Tovar el año de 1626, y de 83 de edad y 53 de religión, y de ellos los 36 de profesión de cuatro votos de la Compañía. Descansa su cuerpo en la Iglesia de nuestro Colegio de México, donde fué morador y ejerció sus santos ministerios, los más años de su vida.

Y no se deben dejar de referir aquí algunas cosas y casos más que ordinarios que le sucedieron y fueron argumento de su santidad, y aunque no escribiremos más que dos ó tres de ellos, se puede colegir que tuvo otros que él por su mucha humildad calló. Fué á él una vez un Hermano de casa con una grande aficción y desconsuelo, y sólo con entrar en su aposento y sin haber dicho nada, se halló muy trocado y consolado, y estuvo grande rato hablando con él cosas de Nuestro Señor que para su consuelo le podían ayudar. Después de lo cual declaró el Hermano cómo había ido á comunicarle cierta aficción que tenía, y él le respondió: «Vaya, Hermano, que ya tiene lo que há menester; tenga de aquí en adelante corazón ancho;» con que él coligió que había conocido su trabajo antes de haberlo comunicado al P. Juan de Tovar.

Pidióle una vez un indio de los que le comunicaban mucho un papel para unos religiosos, sobre que le hiciesen volver unos quetzales de plumería por ser aquellos muy particulares, que es cosa entre los indios de estima y valor, y se los habían ocultado. Respondióle el Padre que habían de hacer poco caso de su papel, que mejor sería encomendarlo á Dios, y que así lo haría él, que volviese la mañana siguiente por la respuesta; volvió y díjole que fuese por tal calle señalándole la de las casas arzobispales, que en el camino encontraría con lo que buscaba. Salió el indio y al dar la vuelta por la calle que le dijo el P. Tovar, encontró un hombre que llevaba lo que buscaba y por lo que andaba afligido, con que quedó muy consolado y lo pudo cobrar. Este mismo indio le pidió otra vez que encomendase á Dios á una parienta difunta; prometióle de hacer, y preguntándole después

si lo había hecho, dijo: que ya la difunta hacía algunos meses que estaba en el cielo gozando de Dios. Y aunque estas demostraciones dichas eran argumento del trato familiar que tenía con Dios Nuestro Señor y de la santidad del P. Juan de Tovar, pero en lo que su Majestad le hizo más ilustre y lo que sin duda aumentó con grandes ventajas sus merecimientos, fué aquel celo grande y espíritu que Dios le comunicó para atraer á su divino conocimiento y de los misterios, santos de nuestra santa fe á los indios naturales con el grande fruto de sus sermones, siendo el menor el de lágrimas y sollozos muchas veces, que lo oían y mayor la mudanza que hacían de sus costumbres y mejora de sus vidas, dando por bien empleado el trabajo del camino de tres y cuatro leguas, á veces de diez y quince leguas por consultarle y gozar de su santa doctrina. Y días hubo que para coger el fruto de ella era menester asistir dos ó tres Padres confesores en el confesionario para oír de penitencia á los que traía la doctrina del insigne P. Juan de Tovar.

CAPITULO XXVII.

VIDA DEL RELIGIOSO P. IGNACIO DE ZAVALA. AÑO DE 1630.

Nació el P. Ignacio de Zavala en la ciudad de Oaxaca, de linaje muy principal en aquella república, y desde sus tiernos años mostró tal compostura de costumbres, que decían de él que había nacido la modestia religiosa con él. Vino á la ciudad de México á oír curso de artes al Seminario de San Ildefonso, y fué en él un ejemplar de toda virtud, y así todos le amaban y admiraban en un mozo seglar tal proceder de religioso, de suerte que pretendiendo después la Compañía y habiendo entrado en ella, no parecía que había mudado más que el traje seglar. Recibióle el Padre Vice-Provincial Martín Pelaez con particular gusto por los frutos que prometía esta nueva planta, y nunca le engañó su esperanza, porque apenas recibido en nuestra Compañía se había ajustado á sus reglas, de tal manera que parecía nacido para ellas, y esto con tanto tesón que jamás se le notó quiebra alguna aun de las muy pequeñas. Salido de su noviciado leyó luego gramática en la Puebla y prosiguió después el hilo de sus estudios en el Colegio de México, muy á satisfacción de los Padres, Maestros y discípulos por los ejercicios públicos de letras que tuvo, sin que por el cuidado que en esto ponía, aflojase un punto en lo que tocaba á su aprovechamiento espiritual. Después, ordenado de sacerdote, tuvo su tercera probación, y tan á satisfacción de todos, que el Padre Maestro de novicios que era el P. Luis de Ahumada, lo pidió con instancia para Ministro de su casa, y habiéndolo alcanzado, solía decir: había sido inspiración del cielo el haberlo pedido, porque cada día descubría nuevas y preciosas virtudes en él. Labrálale el Señor con continuas y recias jaquecas, y otros achaques que aunque los disimulaba su paciencia, la flaqueza de su cuerpo los descubría. En la obediencia y rendimiento se señalaba sin que su querer fuera otro que el de su Superior, y no parece que sabía discurrir en contra de cualquiera cosa que le ordenase. En su oración no juzgara interrupción